

La promesa de Onorina

Alejandro Reyes

Todos los días, a las seis de la mañana, Onorina abría el pequeño baúl que guardaba bajo la cama y, con infinito cuidado, empezaba a sacar los recuerdos que ahí atesoraba, colocándolos, uno por uno, sobre una pequeña y desvencijada mesa. Había ahí un gato de peluche, sucio y completamente roído por el paso del tiempo, un par de zapatos de bebé, dos canicas —una azul y una verde—, una libreta escolar de primero de primaria, un viejo retrato y, finalmente, el mayor de sus tesoros: una carta, amarillenta y tan antigua que había que desdoblarla con el cuidado de un miniaturista chino para evitar que se convirtiera en polvo. Sentada frente a la mesa en su única silla, Onorina acomodaba sus recuerdos con meticulosidad de relojero: a la izquierda, en ligero ángulo, los zapatos; a la derecha, el gato de peluche, sentado; en medio, el retrato y, frente a éste, la libreta escolar; las canicas las colocaba frente a los zapatos, la azul frente al izquierdo, la verde frente al derecho. Después abría la carta con suma cautela, desdoblado las tres páginas de que estaba compuesta, mientras un resplandor beatífico iluminaba su rostro arrugado. Y entonces leía en voz alta. No sabía leer, pero eso poco importaba; de hecho, lo que para los demás hubiera representado un obstáculo infranqueable, para Onorina era un obsequio de Dios o de alguna otra divinidad generosa, pues le permitía recibir cada día nuevas noticias, haciendo de este rito matinal un momento de dichosa expectativa y de cotidianamente renovada alegría.

“Querida Mamá,” comenzaban todas las cartas, “espero que estés bien de salud y tan guapa como siempre”. “Si supieras, hijo”, pensaba, también en voz alta, y continuaba su

lectura. Seguía entonces el relato fascinante de todo tipo de aventuras y viajes a tierras remotas, conquistas de bellas mujeres, peligros de los que apenas escapaba, muestras de valentía y destreza, interrumpido por las frecuentes exclamaciones de Onorina, cuyo rostro, crispado en momentos por la más honda congoja, no dejaba de transparentar un radiante orgullo materno ante las descabelladas andanzas de su hijo. Invariablemente las cartas terminaban diciendo:

“Ahora estoy tratando de ahorrar una lana. Apenas la tenga estaré de regreso contigo, para que vivamos juntos como antes. Por favor, no te mueras antes de que regrese. Tu hijo, Prudencio.”

“¡Cómo son difíciles los pedidos de los hijos!”, exclamaba Onorina en voz alta. “Pero te lo prometí y lo voy a cumplir, aunque tenga que aguantar esta vida cien años.” Y dos lágrimas recorrían los surcos que el tiempo había ido grabando en su rostro otrora bello, mientras sus manos cansadas doblaban la carta y comenzaban a acomodar nuevamente sus tesoros en el baúl.

A las siete regaba sus innumerables plantas y flores, todas ellas con nombre propio, y les contaba las novedades que Prudencio relataba en su carta, en caso de que alguna no hubiera escuchado la lectura en voz alta. Les preguntaba también sobre el estado de salud de sus hojas y ramas, sobre las hormigas y otros insectos que de vez en cuando atormentaban su existencia y sobre los capullos que en algunas de ellas comenzaban a florecer; preguntas todas que ella misma respondía, interpretando con infalible certeza lo que sus compañeras de soledad le decían con el silencioso vaivén de sus hojas.

A las siete y media se ponía el mismo vestido azul de todos los días, remendado una y otra vez para burlar los

estragos del tiempo y para responder a las necesidades de un cuerpo tan dramáticamente transformado a través de los años. Entonces se despedía de sus plantas y hacía el recorrido desde el cuarto donde vivía, construido con tabla y cartón en el balcón trasero de un antiguo caserón, hasta la puerta por donde se salía a la calle, travesía de lo más peligrosa para quien no tuviera la costumbre de andar por esos lugares, pues había que esquivar las partes del piso que en cualquier momento se desmoronarían, carcomidas por las termitas y la miseria, y aquéllas que ya se habían caído, dejando pequeños o grandes hoyos, como aquél por donde desapareció hacía unos años Florisvaldo, el hijo menor de don Nelson, convirtiéndolo en esa masa humana que ahora mal se movía de su rincón en el cuarto y que pasaba los días mirando la vida pasar por la ventana y balbuceando incoherencias. Había también que esquivar el pedazo de viga que había caído hacía un tiempo, bloqueando parcialmente la puerta que daba al rincón donde vivía Argemira con sus ocho hijos y seis gatos, para después atravesar el estrecho y hediondo pasillo que daba a la escalera de salida, no sin antes pasar frente al único baño que servía a las siete familias que ahí vivían.

Ya en la calle, Onorina se dirigía con su paso cansado al Terreiro de Jesús, observando el piso con atención para evitar la desagradable experiencia de meter el pie en un pedazo de mierda, ya sea producido ahí mismo o barrido a esas horas de las escaleras de entrada de los hoteles, utilizadas por todo tipo de criaturas nocturnas para ahí librarse del peso de sus entrañas.

El Terreiro a esa hora resplandecía con su grandeza colonial. Algunos borrachos dormían bajo los árboles o al lado de la fuente barroca, los comercios comenzaban poco a poco a abrir sus puertas y algunos turistas atravesaban la plaza rumbo al Largo do Pelourinho. Era quizás la hora más

bella del día, cuando todo estaba impregnado de lentitud y silencio. Pero Onorina nada de eso percibía. Ella caminaba en su propio mundo, poblado de sus propias bellezas y sus propias miserias. Caminaba y hablaba consigo misma. No, como muchos pensaban, con algún ente invisible, producto de su imaginación; Onorina hablaba consigo misma pues hacía ya muchos años, cuando murió su marido, cuando su hijo partió, cuando la abandonaron aquellos que se decían amigos, comprendió que la vida estaba hecha de soledad y que en el mundo reinaba la incompreensión. Decidió que daba lo mismo hablar con los demás que hablar consigo misma pues a fin de cuentas el resultado era idéntico: vivimos solos y solos morimos, y por lo menos hablando sola no tenía que aguantar impertinencias ajenas ni discutir con gente que tuviera opiniones distintas, pues ella nunca discordaba consigo misma, y además sus pláticas eran mucho más interesantes que las del resto de las personas y no estaban sujetas al azar de encontrarse, o no, junto a alguien que pudiera interesarse en las cosas que en determinado momento le pasaban por la cabeza.

Así, conversando en tan amena compañía, entraba a la catedral y se sentaba en el mismo banco de siempre, ni muy cerca ni muy lejos del altar. Desde ahí podía ver claramente la imponente imagen de San Salvador, parado allá arriba, tan lejos del mundo y de sus dolores, reluciendo más esplendoroso que nunca gracias a las manos milagrosas de un restaurador peruano que por esos rumbos había pasado, dotando sin duda al ya restaurado santo de una mayor capacidad o voluntad de escuchar las súplicas que Onorina le dirigía todos los días desde hacía ya tantos años para que le devolviera por fin a su hijo, ausente desde que, a la tierna edad de dieciséis años, partió en un navío mercante rumbo a tierras desconocidas.

A las ocho salía de la catedral y se dirigía, con su paso lento y quebrado, a la Ladeira da Conceição, la cual bajaba con sorprendente habilidad considerando la descoyuntada condición de su osamenta. No usaba el elevador porque así se ahorrraba cinco centavos, pero también porque le daba miedo sentirse encerrada en una lata con tanta gente, como sardina. Al pasar frente a la iglesia de Nossa Senhora da Conceição se persignaba, pero no entraba a rezar por el regreso de Prudencio pues no quería perder un minuto para llegar al puerto, negligencia que quizás algo tendría que ver con la tardanza de su hijo pues, como todos saben, es a Nuestra Señora de la Concepción, y no a San Salvador, a quien hay que rezar por aquellos que parten al mar, pues ella es nada menos que Iemanjá, diosa de las aguas, reina única del destino de los hombres en el océano. Ajena a estas sutilezas divinas, Onorina llegaba al puerto y allá, sentada junto a los pescadores, observaba el mar impasible durante exactamente dos horas y cuarto. Las velas de los barcos lanzaban destellos de blancura sobre ese fondo de azul impecable, oscuro y profundo primero, verdoso después, cuando aparecía en la distancia la silueta de la isla de Itaparica, límpido y transparente al fin, allá arriba, allá donde viven Dios y las otras criaturas celestes que, según se dice, sin que jamás una observación cuidadosa de la vida lo haya comprobado, guían los pasos atribulados del hombre en el mundo. El fuerte de San Marcelo languidecía en la sabia decadencia de la vejez, hombres toscos y sudorosos vendían pescado en los puestos junto a la rampa del Mercado Modelo, algunos borrachos discutían bebiendo cerveza en un tenderete cercano, y un berimbau se oía acompañando una canción antigua: “*E me falou meu mano velho, me falou tão tristemente, tô cansado de cantar, este samba entristecente...*”. Pero para Onorina nada de eso importaba; ella sólo tenía ojos y oídos para buscar en el mar

algún indicio del navío en el cual llegaría en cualquier momento Prudencio. Había en su rostro una expresión de resignada expectativa, expresión que sólo en momentos se quebraba con el fulgor de una alegría fugaz, inspirada por alguna visión prometedor que sólo ella veía, pero que se desvanecía tan pronto como había llegado, dejando en su lugar el rastro muy tenue de una amargura inconfesada.

A las diez y media, comprendiendo que no, no sería ese el día en que regresaría Prudencio, tal vez mañana, subía la ladera de regreso a su casa, llegaba a la Praça da Sé y esta vez no pasaba por el Terreiro, entraba a la Rua Três de Maio, daba vuelta en la Rua da Oração y subía finalmente las escaleras que la llevaban hasta su humilde aposento.

A las once en punto Onorina cargaba sobre la cabeza la bandeja llena de dulces de coco, preparados la noche anterior, y un pequeño banquito en la mano derecha. Salía nuevamente rumbo al Terreiro donde, bajo la sombra de un árbol frondoso, se acomodaba para comenzar su labor del día. Su árbol estaba dispuesto estratégicamente para poder vigilar al mismo tiempo la catedral y la iglesia de San Francisco, y a ambas mandaba frecuentes miradas reprobatorias que claramente expresaban un orgulloso disgusto ante la indiferencia de ambas deidades, San Salvador y San Francisco, y tanta piedad inspiraba el sufrimiento callado de esa mirada que no hubiera parecido extraño que en cualquier momento uno de ellos, conmovido por fin, bajara de su altar para traerle personalmente, de la mano, a su hijo Prudencio.

Durante las seis horas en que permanecía bajo el árbol, interrumpiendo su trabajo sólo durante media hora para comer su almuerzo de frijol y *farofa* en el bar de la esquina, Onorina vendía casi todos sus dulces, a pesar de que no eran particularmente sabrosos debido a los numerosos descuidos que ocurrían durante su preparación, resultado de las

distracciones propias de la interminable conversación consigo misma que se prolongaba desde que despertaba hasta que dormía. Pero era justamente esta conversación la que le ganaba la asiduidad de su clientela, la cual compraba sus dulces por el puro placer de escuchar las memorables reflexiones sobre la vida, la muerte, el orden divino y los inconvenientes de los talcos para bebé, sobre los cuales recordaba haber oído en algún lado que podían causar ceguera cuando no utilizados debidamente. Sus conversaciones solitarias también le ganaban, es justo decirlo, ciertas maldades de niños sin nada que hacer, que se divertían burlándose de ella, aventándole bolas de papel, jalándole el vestido y fingiendo robarse sus dulces. Pero Onorina no se inmutaba, comentaba consigo misma la deplorable decadencia de los valores y el desacato de la juventud, y estas reflexiones la conducían a nuevas meditaciones sobre los caminos del destino y las vicisitudes del existir que la distraían por completo de sus jóvenes agresores.

A las cinco de la tarde recogía su bandeja y su banquito y caminaba rumbo a la tienda donde compraba coco y azúcar para los dulces del día siguiente. Después regresaba a su casa, preparaba su mercancía y a las siete se encontraba de nuevo en el Terreiro, caminando rumbo a la iglesia de San Francisco. Allá se sentaba cerca del altar, envuelta en tan áurea y exuberante profusión de ángeles y querubines que sería imposible imaginar que sus ruegos, tan humildes y sinceros, no serían escuchados y llevados de inmediato al palacio de ese gran Señor que rige al mundo desde sus distantes parajes etéreos, y que éste no respondería con la puntualidad con la que castiga a los pecadores que se desvían de su Ley. Rezaba durante tres cuartos de hora, dirigiéndose alternativamente a Jesús y a San Francisco, aunque sería comprensible que ni uno ni otro le prestara mucha atención,

pues Jesús estaba muerto y San Francisco muy ocupado bajándolo de la cruz.

A las ocho, ya de vuelta en su minúsculo pero querido cuarto, se quitaba el vestido, se despedía de sus plantas, se despedía de sí misma, se acostaba, cerraba los ojos y dormía un sueño sin sueños.

Esta vida, con sus penas e incertidumbres pero no enteramente desprovista de ciertos placeres, podría haber continuado durante muchos años más (hasta el día en que los santos le trajeran de vuelta a Prudencio o hasta el día en que la Biología decidiera negarle la posibilidad de cumplir su promesa y la llevara consigo rumbo a la Gran Incógnita sin antes haber visto a su hijo), de no haber sido porque el Orden y el Progreso, que hasta entonces habían recorrido todo el Pelourinho, deteniéndose en el Terreiro de Jesús, decidieron avanzar hasta el barrio de São Dámaso, librando así a sus habitantes de la miseria o, para ser más exactos, librando al resto de la población de tener que mirar la miseria de tan cerca. Llegaron un día representantes de un renombrado órgano gubernamental y, esquivando con valor vigas caídas y hoyos mortales, informaron a los habitantes de la infeliz residencia que había que desalojar en menos de un mes y que, presentándose en las oficinas de dicho órgano, recibirían su justa indemnización por la incomodidad de tener que perder su lugar de residencia o trabajo. A Onorina de nada informaron, pues ella no tenía la costumbre de escuchar a ningún ser humano que no fuera ella misma, y mucho menos a un desconocido. Argemira, su vecina, le explicó la situación y trató de convencerla de acompañarla para recibir su indemnización, pero Onorina nada entendió pues le pareció absurdo que alguien quisiera pagarle por el miserable cuartucho donde vivía, y mucho menos que alguien se empeñase en privar a una inofensiva vieja del único lugar

donde podía y sabía vivir, con sus plantas, su baúl, su cama, su mesa, su silla y sus horarios. No fue a reclamar su dinero ni se preocupó por buscar otro lugar para vivir, ni siquiera cuando vio los afiebrados preparativos de cada una de las familias del caserón y de todo el barrio en general, convencida de que a ella nadie la molestaría y que la dejarían seguir viviendo en paz en su diminuto rincón sin molestar a nadie.

Fue así que un martes, a las cinco y veinte de la tarde, cuando regresaba de su día de trabajo en el Terreiro, se encontró con un hormiguero de hombres que entraban y salían del caserón. Inconmovible, pasó entre ellos y subió con trabajo las escaleras, cargando su bandeja, su banco y una bolsa con el azúcar y el coco, pensando en voz alta que estaba atrasada y que si no se apuraba llegaría tarde a la bendición de las siete, y fue sólo cuando llegó a su balcón que su rostro se transformó con la más pavorosa expresión de terror. Amelia, la más querida de sus plantas, un hibisco que en esos días comenzaba a florecer, estaba destrozada, un ladrillo la había aplastado, sus pétalos otrora juveniles yacían inertes esparcidos por el piso, sus tallos quebrados, su vida destruida. Y sus otras plantas, Jandira, Edinólia, Valquíria, Cândida, Renata y Fátima —la mas vanidosa—... todas ellas quebradas, pisadas, lisiadas por el descuido de los hombres que pasaban atropelladamente de un lado a otro y que en ese momento se llevaban su cama para aventarla al terreno baldío donde se acumulaban los escasos bienes que los antiguos habitantes dejaron atrás, confundidos con toda suerte de desperdicios.

—¡No! —gritó, y fue sólo en ese momento que los hombres se percataron de su presencia.

—Señora, hágame el favor de salir, usted no puede estar aquí —dijo el capataz.

Pero Onorina no oía nada, veía sus plantas aplastadas, su cama que desaparecía, su mesa quebrada, las poquísimas cosas que poseía pero que con tan delicado cariño cuidaba y arreglaba y acomodaba para que todo estuviera en su debido lugar y todo gozara del mismo cuidado y respeto que se le debe a todas las cosas de Dios, y ahora estos hombres tomaban sus pertenencias con sus manos sucias y aplastaban y pisoteaban todo, como si nada fuera sagrado, como si nada mereciera respeto, como si nada de eso tuviera ningún valor, el valor del cariño, del cuidado, del amor, del recuerdo... del recuerdo, y... Dios mío, ¡no!... el recuerdo... su baúl... ¡su baúl que no estaba!

—¿Dónde está mi baúl? ¡Dónde está mi baúl! —gritaba desesperada.

—¿Qué baúl, señora?

El capataz y los otros hombres, entre conmovidos y perplejos, interrumpieron sus tareas y observaban a Onorina que corría de un lado a otro, buscando su baúl en los lugares más absurdos, llorando, hablando sin cesar, dirigiéndose a sus plantas, a Prudencio, a San Francisco y no se sabía a quién más, con un desesperado e interminable torrente de palabras que, aunque totalmente incomprensibles, comunicaban con lastimosa nitidez la más terrible desesperación. Unos quisieron llorar, otros quisieron reír, y de hecho algunos lo hicieron, pero en el fondo todos sintieron una indefinible angustia que no era sino el reflejo de la misma impotencia ante los inclementes caprichos del destino.

Pero por más compasión que se pueda sentir, por más que el corazón se conmueva con las penas ajenas, el mundo y la vida continúan y sigue cada uno cargando su propia cruz, cada uno cumpliendo su propio destino, de manera que el capataz no tuvo más remedio que correrla, conduciéndola

hasta la calle con la ayuda de dos musculosos e igualmente conmovidos trabajadores.

Por las calles vagó Onorina sin dirección ni propósito, llorando y hablando incoherencias, pensando que debería estar preparando los dulces para el día siguiente y recordando que ya no tenía sentido preparar ni pensar en nada, y pensando nuevamente que no podría mañana vender sus dulces después de leer la carta de Prudencio y de ir a esperarlo al puerto, y recordando nuevamente que ya no había carta, ni gato de peluche, ni canicas, ni retrato, ni libreta de primero de primaria, y se preguntaba cómo iba a saber ahora dónde estaba su hijo y qué hacía y cuándo regresaría, y pensaba entonces en regresar a su casa para buscar el baúl y preparar sus dulces y platicar con sus plantas, pero se daba cuenta de que era inútil pues estaba perdida, no sabía dónde estaba, si apenas sabía quién era, no recordaba ya nada, sólo que no tenía ya sus plantas ni su baúl ni su cama. Y caminó y caminó, y los niños reían apuntando a la loca que pasaba llorando, y las mujeres miraban sin saber si sentían desprecio o terror, cuando no indiferencia, y los hombres cerraban los ojos para no tener que pensar y poder continuar bebiendo y riendo y hablando y bailando en la noche que comenzaba a agitarse con la expectativa de oír a Olodum y perderse en el frenético placer de esa orgía de música, baile, cerveza y sexo, repetida toda semana los martes después de la bendición de San Francisco, que les permitía a todos olvidar por un tiempo que había miseria, dolor y tristeza. De tanto llorar se le acabaron las lágrimas y de tanto vagar se le fueron cansando las piernas, hasta que, sin saber ya por qué estaba tan triste, se acostó en la acera y se quedó dormida.

Cuando despertó, a las cinco y media de la mañana, y se dio cuenta de que no había sido un sueño, entendió que ya no era nadie, que había dejado de existir. Quiso dejar de vivir

entonces, pues no hay nada más duro que tener que vivir cuando ya no se es nadie, cuando ya no se existe, pero recordó su promesa y supo que aún no podía partir. Fue así que comenzó a sobrevivir como tantos otros lo hacen, durmiendo en la calle, comiendo lo poco que recibía de limosnas. Por un tiempo trató de aferrarse a la idea de que su vida aún valía algo, de que aún existía. Iba a la catedral y a la iglesia y le rezaba a los santos, caminaba al puerto a esperar a Prudencio, trataba de inventarse nuevos horarios y nuevos quehaceres. Pero la apatía y la desesperación iban minando su espíritu, iban robándole poco a poco lo que aún le quedaba de dignidad y de orgullo. La suciedad, el abandono, la soledad, la pérdida de la esperanza de verse algún día en un espejo y decirse que aún quedaba algo de bello en su rostro, el desprecio rabioso de la gente que la miraba como si fuera nada más que un estorbo, algo fétido y desagradable que se debía evitar para no ensuciarse, algo no muy diferente de un excremento en la acera... y, peor aún, su lenta aceptación de todo eso, el hecho de que ya no se rebelaba contra ese desprecio sino que, al contrario, le parecía normal y justificable, el hecho de que ya no sentía vergüenza ni agradecimiento ni dolor ni alegría cuando alguien se apiadaba de ella y le daba una limosna o le hacía cualquier gesto que reconocía su existencia como ser humano, y ahora lo aceptaba con la indolencia de un autómata que se lleva a la boca lo que recibe en la mano, si es que recibe, y cuando no, simplemente no come... todo esto iba royendo hasta su última fibra de humanidad, convirtiéndola en ese ser andrajoso e inmundo con la vista perdida en la nada, en esa nada que no era sino el reflejo del vacío de su espíritu... convirtiéndola en una colección de huesos, carne e inmundicia al parecer completamente deshabitada de alma. En poco menos de un año, Onorina ya no iba a la iglesia, ya

no le rezaba a los santos, ya ni siquiera conversaba consigo misma, y si algunas veces se movía del lugar del que había hecho su nuevo hogar, bajo la inmensa escultura en el antiguo local del Mercado Modelo, era para sentarse junto a la rampa del puerto y observar el mar, el impasible y distante mar, sin pensar, sin desear, sin soñar, simplemente observando, esperando, esperando...

Pasaron meses, años, no se sabe cuánto, pues para quien vive como Onorina el tiempo no existe, el tiempo es un túnel oscuro sin principio ni fin, sin razón ni motivo, un oscuro y perpetuo caminar sin destino. Pasaron los años y ya nadie sabía por qué esa vieja todavía vivía, esa vieja que hacía tantos años ya no existía. Pero ella sabía... ella sabía porque en aquel túnel oscuro sin principio ni fin, en aquel negro y perpetuo vacío, brillaba aún una luz diminuta, la luz no de una esperanza, sino de una promesa.

Fue por eso que un día, mientras Onorina mendigaba sentada junto a la rampa del puerto, ese rostro que no parecía ya capaz de expresar ningún sentimiento se iluminó de repente con un resplandor repentino y sus ojos recobraron la vida que hacía tanto tiempo los había abandonado. Un hombre y una mujer conversaban frente a ella, disfrutando de la puesta del sol. Onorina los observaba con todo su ser, y su mente, desacostumbrada como estaba a cualquier pensamiento, se debatía vertiginosamente con una pregunta: “¿Es él o no es?” Y mientras más observaba y mientras más pensaba, en su rostro se dibujaba lentamente la huella de una certeza, de una esperanza, de una alegría que crecía y crecía y parecía que ya no le cabía en el pecho: “¡Sí, sí, es él!”, le decía su mente oxidada, y entonces levantó su brazo, su triste y decrepito brazo, y con inmensa dulzura jaló la manga del hombre que besaba a su amada con tanta ternura.

El hombre se volteó a verla y en su rostro no había ternura. “¡Señora! ¡Me está ensuciando la camisa!” Colocó un real en su mano y partió apresurado jalando a su amada, y Onorina no tuvo tiempo de hablarle siquiera. Recordó de repente que ya no existía, que no era Onorina, que era solamente un montón de huesos, carne e inmundicia. Lo observó alejarse y entonces sonrió, mientras las lágrimas mojaban sus ojos secos de vida. “Regresó”, se dijo. “Y está tan guapo... y se ve tan contento con su esposa tan jovencita y tan bella.”

Se levantó lentamente y regresó con mucho trabajo a su rincón bajo la estatua. “Ahora ya puedo morir”, pensó. Y, acostada en el suelo, cerró los ojos y nunca más los abrió.